



## Sudáfrica: El pacto fáustico del ANC fue a costa de los más pobres

---

RONNIE KASRILS :: 02/07/2013

Lo que yo llamo nuestro momento fáustico tuvo lugar cuando solicitamos y obtuvimos un préstamo del FMI en vísperas de la primera elección democrática

A comienzos de la década de 1990, los que estábamos en la dirección del ANC cometimos un grave error. Nuestro pueblo sigue pagando el precio. Hoy se conoce a los jóvenes de Sudáfrica como la generación 'Born Free' ("nacida libre"). Disfrutaban la dignidad de haber nacido en una sociedad democrática, con derecho a votar y a elegir quién gobernará. Pero la Sudáfrica moderna no es una sociedad perfecta. La igualdad plena -social y económica- no existe, y el control de la riqueza del país está en manos de unos pocos y surgen así nuevos desafíos y frustraciones. A los veteranos de la lucha contra el apartheid, como yo, se les pregunta con frecuencia si, a la luz de esa decepción, el sacrificio valió la pena. Aunque mi respuesta es que sí, debo confesar serias dudas: creo que deberíamos haberlo hecho mucho mejor.

Ha habido logros impresionantes desde la conquista de la libertad en 1994: construcción de casas, guarderías, escuelas, carreteras e infraestructura, el suministro de agua y electricidad para millones de personas, la educación y la asistencia sanitaria gratuitas, el aumento de las pensiones y los subsidios sociales, estabilidad financiera y bancaria, y un crecimiento económico lento pero constante (al menos hasta la crisis de 2008). Estos logros, sin embargo, han sido paralelos a la quiebra de la prestación de servicios, que ha provocado violentas protestas de las comunidades más pobres y marginadas; insuficiencias graves y desigualdades en los sectores de educación y salud; un aumento feroz del desempleo; violencia y tortura policial endémicas, vergonzosas luchas por el poder en el seno del partido del gobierno que se han hecho mucho peores desde la salida de Mbeki en 2008; una alarmante tendencia al secretismo y al autoritarismo en el gobierno; injerencias en el poder judicial y amenazas a la libertad de prensa y de expresión. Incluso la intimidad y la dignidad de Nelson Mandela han sido violadas por los niveles más altos del ANC para hacerse una foto en el colmo del oportunismo más ruin.

Lo más vergonzoso y escandaloso de todo, los acontecimientos del Jueves Sangriento -16 de agosto 2012- cuando la policía masacró a 34 mineros en huelga en la mina de Marikana, propiedad de la empresa Lonmin con sede en Londres. La masacre de Sharpeville en 1960 fue lo que me empujó a unirme al ANC. Creo que Marikana es aún más conmovedor: la Sudáfrica democrática nació para poner fin a tanta barbarie. Y sin embargo, el presidente y sus ministros, se han refugiado en una cultura de encubrimiento. Increíblemente, el Partido Comunista de Sudáfrica, mi partido durante más de 50 años, tampoco condenó a la policía.

La lucha de liberación de Sudáfrica llegó a un punto alto, pero no a su cenit cuando acabamos con el régimen del apartheid. Entonces, nuestras esperanzas en nuestro país eran enormes, dada su moderna economía industrial, los recursos minerales estratégicos (no sólo el oro y los diamantes), y una clase obrera y un movimiento sindical organizados, con una

rica tradición de lucha. Pero ese optimismo minusvaloró la tenacidad del sistema capitalista internacional. De 1991 a 1996, se luchó una batalla por el alma del ANC y al final la perdimos porque se hizo con ella el poder empresarial: la economía neoliberal nos engulló. O, como algunos hoy claman, que "vendimos a nuestro pueblo por el camino".

Lo que yo llamo nuestro momento fáustico tuvo lugar cuando solicitamos y obtuvimos un préstamo del FMI en vísperas de la primera elección democrática. Ese préstamo, con condiciones que impedían un programa económico radical, se consideró un mal necesario, al igual que las concesiones que había que hacer para mantener las negociaciones abiertas y poder entregar a nuestro pueblo la tierra prometida. La duda lo dominaba todo: creíamos, erróneamente, que no había otra opción, que teníamos que tener cuidado, ya que en 1991 el otrora poderoso aliado, la Unión Soviética, quebrada por la carrera de armamentos, se había derrumbado.

Inexcusablemente, habíamos perdido la fe en la capacidad de nuestras propias masas revolucionarias para superar todos los obstáculos. Cualesquiera que fueran las amenazas de aislar a una Sudáfrica radicalizada, el mundo no podía prescindir de nuestras vastas reservas de minerales. Para perder nuestro valor no era necesario o inevitable. La dirección del ANC hubiera debido permanecer firme, unida e incorruptible. Y, sobre todo, aferrarse a su voluntad revolucionaria. En cambio, nos rajamos. La dirección del ANC hubiera debido permanecer fiel a su compromiso de servir al pueblo. Ello le hubiera otorgado la hegemonía necesaria no sólo sobre la arraigada y bunkerizada clase capitalista sino también sobre las nuevas elites emergentes, muchas de las cuales buscaron el camino a la riqueza a través del empoderamiento económico negro, la corrupción, la prevaricación y el tráfico de influencias políticas.

Acabar con el régimen del apartheid mediante la negociación, en lugar de una sangrienta guerra civil, parecía entonces una opción demasiado buena como para ser ignorada. Sin embargo, en ese momento, la correlación de fuerzas estaba a favor del ANC, y las condiciones eran favorables para obtener un cambio más radical en la mesa de las negociaciones que finalmente se aceptó. No era de ninguna manera cierto que el viejo orden, a parte de unos cuantos extremistas de derecha aislados, tenía la voluntad o la capacidad de recurrir a una represión sangrienta como creía la dirección de Mandela. Si hubiéramos mantenido el pulso, hubiéramos podido seguir presionando sin hacer las concesiones que hicimos.

Fue un grave error de mi parte concentrarme en mis propias responsabilidades y dejar los problemas económicos a los expertos del ANC. Sin embargo, en ese momento, la mayoría de nosotros nunca supo lo que estaba ocurriendo en las discusiones económicas a alto nivel. Como Sampie Terreblanche ha revelado en su crítico libro, *Lost in Transformation*, a finales de 1993 las grandes estrategias de negocios -incubadas en 1991 en la residencia de Johannesburgo del magnate minero Harry Oppenheimer- fueron cristalizando en secretas conversaciones nocturnas en el Banco de Desarrollo de Sudáfrica. En ellas participaron los principales empresarios de la minería y la energía de Sudáfrica y líderes de la energía, los jefes de las compañías estadounidenses y británicas con presencia en Sudáfrica, y los jóvenes economistas del ANC que habían sido educados en los patrones de las economías occidentales. Informaban directamente a Mandela, y fueron marginados o acobardados

hasta la sumisión a golpe de amenaza de las consecuencias nefastas que tendría para Sudáfrica un gobierno del ANC que acabase aplicando unas políticas económicas que consideraban desastrosas.

Todos los medios para erradicar la pobreza, que era la promesa sagrada de Mandela y del ANC a los "más pobres de los pobres", se perdieron en el proceso. La nacionalización de las minas y de sectores estratégicos de la economía, tal y como recogía la Carta de la Libertad fue olvidada. El ANC aceptó responsabilizarse de una vasta deuda heredada del apartheid, que debería haber sido denunciada. Se abandonó el impuesto sobre el patrimonio de los más ricos para financiar proyectos de desarrollo, y a las empresas nacionales e internacionales, que se habían enriquecido gracias al apartheid, se les perdonó cualquier reparación económica. Se adoptaron medidas presupuestarias extremadamente austeras que ataron las manos de futuros gobiernos. Se aceptó la obligación de poner en práctica una política de libre comercio y abolir todas las formas de protección arancelaria de acuerdo con los fundamentos neoliberales de libre comercio. A las grandes empresas se les permitió transferir sus principales activos al extranjero. En opinión de Terreblanche, estas concesiones del ANC constituyeron "decisiones traicioneras que perseguirán a las generaciones venideras de Sudáfrica".

La dirección del ANC-SACP ansiosa por llegar al gobierno (yo mismo no menos que otros) aceptó fácilmente este pacto con el demonio, quedando maldita y condenándose en el proceso. Ha heredado una economía tan ligada a la fórmula global neoliberal y al fundamentalismo de mercado que tiene muy poco margen de maniobra para aliviar la difícil situación de la mayoría de nuestro pueblo.

No es de extrañar que su paciencia se esté acabando, que sus angustiadas protestas aumenten a medida que lucha contra el deterioro de sus condiciones de vida, porque los que están en el poder no tienen soluciones. Los migajas son recogidas por la nueva elite negra emergente, la corrupción se ha hecho endémica mientras que los avariciosos y los ambiciosos luchan como perros por un hueso.

En Sudáfrica, en 2008, el 50% más pobre recibe sólo el 7,8% de la renta nacional. Mientras que el 83% de los sudafricanos blancos se encontraban entre el 20% superior, sólo el 11% de nuestra población negra se situaba al mismo nivel. Estas estadísticas ocultan un sufrimiento humano sin paliativos. No es de extrañar que el país este envuelto en una enorme y creciente protesta civil.

Hay que poner fin a esta caída en el abismo. No creo que la alianza del ANC sea irrecuperable. Hay un sinnúmero de buenas personas en sus filas. Sin embargo, se requiere con urgencia una revitalización y renovación completas. Hay que recuperar el alma del ANC, sus valores tradicionales y la cultura de servicio al pueblo. Hay que romper el pacto con el diablo.

En la actualidad, la mayoría empobrecida no tiene otra esperanza que el partido en el poder, a pesar de que la capacidad del ANC de mantener su lealtad se está erosionando. La oposición parlamentaria realmente existente refleja distintos matices y sectores de los grandes intereses empresariales, pero al mismo tiempo es vital una fuerte oposición parlamentaria para mantener al ANC en pie, la mayoría de los votantes quieren políticas

socialistas, no políticas orientadas al servicio de los grandes intereses comerciales, más privatización y más políticas económicas neoliberales.

Esto no quiere decir que rescatar al país de la crisis dependa solo del ANC, el SACP y COSATU (la alianza entre el ANC, el partido comunista y la confederación sindical). Hay un sinnúmero de patriotas y camaradas en viejas y nuevas organizaciones que son vitales para el proceso. Además, están las vías legales e institucionales como la Oficina del Defensor del Pueblo y la Comisión de Derechos Humanos, -y el Tribunal Constitucional como último recurso- para poner a prueba, denunciar y desafiar la injusticia y la violación de los derechos. Las estrategias y tácticas de las bases -los sindicatos, las organizaciones cívicas y comunitarias, los grupos de mujeres y jóvenes- señalan el camino a seguir con su acción no violenta y digna, pero militante.

El espacio y la libertad para expresar los puntos de vista de cada uno, ganados a través de décadas de lucha, están disponibles y deben desarrollarse. Miramos hacia los Born Frees como los futuros portadores de la antorcha.

---

*Ronnie Kasrils, veterano luchador contra el apartheid en Sudáfrica, fue miembro del comité central del SACP y comité ejecutivo del ANC de 1987 a 2007. Fue ministro de los servicios de inteligencia de 2004 a 2008. El presente artículo es un extracto editado de la nueva introducción a su autobiografía, 'Armed and Dangerous'.*

The Guardian. Traducción para sinpermiso.info: Enrique García

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/sudafrica-el-pacto-faustico-del-anc-fue>